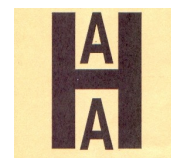




IX Congreso Argentino de Hispanistas
 “El Hispanismo ante el Bicentenario”



Poco sueño; nubes, frío. Los Diarios de Jovellanos

Luz María Arrigoni de Allamand
 Universidad Nacional de Cuyo

Resumen

El análisis de las prácticas discursivas en los *Diarios* de Jovellanos permite validar que en el texto asoman, entre la notas de la realidad factual y de la vida cotidiana del relator, espacios de expresión espontánea de ideas y sentimientos que marcan un hito en la evolución de la literatura del *mí* en el contexto dieciochesco. Nos proponemos a tal efecto deslindar el relato de la subjetividad, reconociendo y examinando cómo los acontecimientos y noticias, de la vida pública y de la vida privada, se plasman en el texto acompañados de las impresiones, estados de ánimo y repercusiones emocionales que producen en el yo, de modo que el *Diario* se constituye no sólo en instrumento inigualable para la construcción del perfil histórico de una persona y de una época, sino también para el trazado de una *personalidad*.

Palabras clave: géneros autobiográficos – diario – emoción – identidad – Ilustración

Señala Laura Freixas (1996: 5) que la del diario íntimo en España, hasta el siglo XX, es “la historia de una llamativa ausencia”. Los reducidos antecedentes, que ascienden hasta la crónicas de Colón, revelan que la producción hispánica ni es cuantiosa ni es muy íntima hasta llegar al siglo XX, ni tiende en esas etapas, como en Inglaterra o en Francia, al confesionalismo o al desahogo intimista, sino que se manifiesta más ligada a la agenda cotidiana, la crónica costumbrista, el registro de los procesos históricos y políticos, la crítica de los vaivenes y venalidades de las administraciones. Con esas características, coincide la investigación en que se inicia esta práctica en España al finalizar el siglo XVIII.

En ese contexto, abordamos los *Diarios* de Jovellanos¹ desde una perspectiva integradora en cuanto a su producción en prosa, cuyo estudio en las últimas décadas nos ha impulsado a sostener la tesis de que en este autor se conjugan dos vertientes genéricas poco cultivadas en España con anterioridad a su producción literaria, el ensayo y el diario, (sin mengua de su abundante epistolario que incluso vertebraba el día a día del diarista [Cf. Caso González 1970]), situándolo en un espacio de avanzada en el territorio de la literatura que se escribe en primera persona y en la que la primera persona remite al sujeto histórico, en el campo de la autorreferencialidad. Condicionado este discurso, por cierto, a su contexto, esto es, a la cosmovisión individual y epocal en la que está inserto, y al estatuto de la literatura vigente.

En el siglo XVIII, en que se destacan junto a Jovellanos escritores como Feijoo, Cadalso, Moratín y aun Quintana, se revela esa compleja naturaleza de la Ilustración que entrecruza clasicismo y romanticismo asentados sobre el común componente iluminista, y se define como una cultura, un estilo de vida, en que el progreso racional significa moralidad personal y utilidad social.

¹ En adelante se citará de acuerdo a la edición de Jovellanos (1953-54), indicando el número de tomo y página.



IX Congreso Argentino de Hispanistas
“El Hispanismo ante el Bicentenario”



Estos rasgos, que implican en un auténtico contexto ilustrado *poner a España en las vías de su progreso*, tal como afirma Jovellanos (1946: 63), no descartan una constante del modo de ser hispánico que reluce en nuestro autor, y se transparenta en su obra, en tanto el desarrollo y mejoramiento nacionales se asientan también en la actualización permanente de costumbres, tradiciones y valores que condensa la intrahistoria, y que son las que religan a los pueblos y dan fuerza y coherencia a las sociedades, cuya práctica, a su juicio, garantiza el engrandecimiento de quienes están destinados a conducir la nación y aportan a la vigorización moral del pueblo.

Jovellanos pensó, sintió y expandió estos ideales a través de su obra, y encauzó buena parte de ella hacia un estilo *didáctico* acorde con el afán por transmitir la verdad y con la misión pedagógica que había asumido, ya que los males de España se deben, a su criterio, a la ignorancia que ha de ser erradicada por la *instrucción pública*. Y si en su prosa late la doctrina clásica, no fue ajeno al incipiente romanticismo español. El movimiento de los afectos y la inquietud política de este *reformista conservador*, su valoración de la naturaleza matizada por momentos de clara identificación con el alma del creador, han quedado registrados en su prosa ensayística y sus diarios. También los conflictos del individuo en pugna entre el optimismo de la ilustración –fe en la razón, en el progreso, estrecha relación entre el bien individual y el bien común, entre el obrar racional, la virtud y la felicidad– y el quiebre de todo orden de la España de Carlos III a la de Carlos IV, en la que inicia la escritura diarística y produce varios de sus grandes ensayos, y en la que los abusos del poder, la venalidad de quienes lo ejercen, la corrupción esparcida por todos los estamentos sociales, avanza junto a la pretendida unidad internacional sofocada por la ambición napoleónica.

Esta atmósfera vital dieciochesca exigía la configuración de discursos adecuados para volcar un temperamento en clara tensión entre razón e imaginación, propia del intelectual moderno, proclive a manifestar sus ideas e intuiciones, opiniones y juicios, impresiones y estados de ánimo ante los sucesos de la realidad. Y explica la búsqueda de nuevas modalidades genéricas acordes con su vocación de recuperar a España en los ejes doctrinarios del iluminismo dieciochesco.

Pero este caudal de su obra no responde en modo pleno a la ontología contemporánea de un género bifronte, como el ensayo, ni uno introvertido, como el diario, pues no tiene peso suficiente la presencia del yo que subjetiviza lo objetivo o expresa sin velamientos los arcanos de la intimidad. Mucho tiene que ver en este resultado el hecho de que en su prosa se conjuguen el control de la subjetividad, la necesidad de un estilo didáctico, y la personal inclinación por un estilo oratorio. *Self-control*, de un hombre y una época marcados por el pudor ante el desahogo intimista. Función didáctica, como corresponde a un hombre y una época que consagran su acción a la crítica correctora que sitúa a España en las vías de su progreso. Facilidad para un estilo oratorio, de explícita raigambre en la elocuencia ciceroniana, que si bien contiene una gran fuerza persuasiva, apropiada a su constante inclinación y competencia pedagógica, obstaculiza la exposición directa del yo.

A ello se suma el hecho de que estas categorías genéricas reclaman la renovación del cauce lingüístico-estilístico, que ha de avanzar con el romanticismo y ha de culminar con la revolución que en estos términos produjo el modernismo.



Mas, sin la acción de escritores como Jovellanos, el cauce no hubiera estado preparado. Él captó la necesidad de un género distinto para *comunicar* las inquietudes del hombre español del siglo XVIII, y la de un género apropiado para *expresarse* a sí mismo las propias inquietudes, dejando un legado de calidad estética que devela sutilmente, en grajeas, los espacios de una subjetividad acuñada en el territorio complejo de la intimidad.

"Poco sueño; nubes; frío"

Abordamos desde la perspectiva expuesta el bloque clásico de nueve cuadernos del diario de Jovellanos, cuya escritura se inicia el 20 de agosto de 1790 y cierra el 20 de enero de 1801, con la escueta y significativa frase, única de ese día, "Poco sueño; nubes; frío", poco tiempo antes de que fuese sacado de su casa de Gijón y llevado a prisión en el destierro en Mallorca, el 13 de marzo de 1801. Si bien hubo algunas lecturas previas del diario de quienes se hicieron cargo de sus papeles al morir, el 29 de noviembre de 1811, fue publicado por vez primera recién en 1915, bajo la denominación de *Diarios. Memorias Íntimas*, por el Instituto Asturiano, de Gijón, como resultado de la tarea emprendida por este organismo desde 1911, en ocasión del homenaje al centenario de la muerte de su creador.

La materia del diario valida la hipótesis de que en el texto asoman, junto a las anotaciones de la realidad factual y de la vida cotidiana de Jovellanos diarista, autor y lector de sí mismo, espacios de expresión espontánea de sensaciones y sentimientos, donde late la emoción, que marcan un hito en el estudio de la literatura del *mí* en el contexto dieciochesco.

Nos proponemos a tal efecto, como objetivo, deslindar el relato de la subjetividad en las prácticas discursivas del diario, reconociendo y examinando cómo los acontecimientos y noticias, de la vida pública y de la vida privada, se plasman en el texto acompañados de las impresiones, estados de ánimo y repercusiones emocionales que producen en el yo, de modo que el diario se constituye no sólo en instrumento inigualable para la construcción del perfil histórico de una persona, sino también para el trazado de una *personalidad*.

Efectivamente, en todos los cuadernos se encuentran, junto a los elementos aprovechables para la biografía de Jovellanos y la de la España de 1790 a 1801, aquellos que aportan argumentación suficiente para su condición de *diario íntimo*, en tanto gozan, si bien en desigual proporción, de las dos características básicas del género, cotidianidad e intimidad.

Esta faceta institucional del diario, que epistemológicamente se fundamenta al decir de Lejeune en que no hay antinomia entre diario y autobiografía (1996: 85), y más aún, en que el diario constituye *la quintaesencia de la literatura autobiográfica* (Caballé 1995: 51) en tanto permite, por la inmediatez de la escritura, una mayor espontaneidad en la exteriorización del yo, se funcionaliza en el diario de Jovellanos por meandros del caudaloso río de informaciones geográficas, topográficas, biológicas, culturales, históricas, arqueológicas, artísticas, religiosas, sin mengua de las concernientes a la política nacional, internacional y sus actores.

No hay duda de que esta riqueza de información, sujeta a menudo a minuciosas descripciones, exige una especial competencia lectora y, en varias ocasiones, una capacidad de saberes y prácticas para leer entrelíneas y dar significado a los sobreentendidos -nombres en clave, detalles de la burocracia establecida, amistades y enemistades.



Pero nada de ello obstaculiza el placer de la lectura. El diario de Jovellanos reposa en su competencia estética. No es sólo un caso para teóricos, para eruditos o para curiosos, sino una obra de arte verbal literario para lectores de todas las épocas.

Como sostiene Ángel del Río (1953) puede haber comenzado como un prolijo *memorandum* para dejar constancias de sus salidas en los diversos itinerarios por los que le lleva la función pública, contando así con la materia que había de ser vertida en los consiguientes informes.

Pero va avanzando de manera muy peculiar, testimoniando la intención de *decirse* su estado de ánimo ante los sucesos que van acaeciendo, dotarlos de su interpretación, ponerse ante el espejo de una variable autoestima. Por esta vía, pues, a menudo en la lectura no nos hallamos ante el registro aséptico de lo que ve y sucede, sino *cómo lo ve y cómo lo siente*, esto es, en tanto que *experiencia interior* (cf. Ruperez 2007).

Veamos un ejemplo emblemático. 22 de noviembre de 1797. De camino a Madrid, para asumir como Ministro de Gracia y Justicia, llegada, cena con Godoy, acompañado de la mujer y la amante. Esa sería la agenda. Éste es el diario:

Miércoles, 22. Mi gente arranca temprano; Cabarrús y yo, a las 10. Sin vestir, a la casa del Ministerio (...) *todo amenaza una ruina próxima que nos envuelva a todos; crece mi confusión y aflicción de espíritu*. El Príncipe de la Paz nos llama a comer a su casa (...). A su lado derecho, la Princesa; a la izquierda, en el costado la Pepita Tudó... *Este espectáculo acaba mi desconcierto; mi alma no puede sufrirlo; ni comí, ni hablé, ni pude sosegar mi espíritu; huí de allí* (...) conversación *acalorada* con S. [Saavedra] sobre *mi repugnancia*. A casa, en *el colmo del abatimiento*. La presentación será mañana, a las 11 (*Diarios*, t. II, 457; la cursiva es nuestra).

La agenda y la crónica se transforman en diario. Los sucesos de la realidad superan lo denotativo, y se introducen en el campo de lo connotativo y autorreferencial, por las repercusiones emotivas que ejercen sobre el individuo Jovellanos, y se filtran en su discurso con esa impronta subjetiva. Se expresa lo vivido según el estado de ánimo del momento de la escritura.

Los acontecimientos se contraponen con su *personalidad*, con su imagen de sí, su *identidad*, y ello se refleja en las emociones encontradas que lo exteriorizan. Día 16 de octubre de 1797. Se entera de que le han otorgado la Embajada en Rusia (que no se concretó):

Varias cartas, entre ellas, el nombramiento de oficio. Cuanto más lo pienso, más crece *mi desolación*. De un lado, lo que dejo; de otro, el destino a que voy; mi edad, mi pobreza, mi inexperiencia en negocios políticos; *mis hábitos de vida dulce y tranquila*. La noche, *cruel* (*Diarios*, t. II, 449-450; la cursiva es nuestra).

En numerosas ocasiones la repercusión emotiva se traduce en la valoración de la naturaleza, que así cumple, como en el caso citado, otras funciones estéticas y estilísticas en el discurso de Jovellanos, además de las propias de la escritura diarística. Exento de la práctica del recuerdo, a diferencia de los otros géneros autobiográficos, Jovellanos maneja *impresiones* que mantienen por esta vía conexión inmediata con la realidad, de ahí el usual protagonismo del entorno (cf. Caballé 1995: 57). Las horas del día, las estaciones, el clima, el



paisaje, los hábitos, las comidas, los paseos, todas las circunstancias que sostienen la urdimbre de la vida cotidiana están incorporadas al relato: "Comida campestre y alegre, abundante y limpia; siesta" (jueves 30 de agosto de 1798); "Leche; paseo largo; evacuación ordinaria, aunque tardía" (miércoles 12 de septiembre de 1798).

En este estadio de la investigación, hemos encarado en breve recorrido algunas de las características de la escritura de Jovellanos en que se revela la imagen de la persona y el contorno, a veces difuso, de una personalidad. Un hombre, y un siglo, no proclive aún a mirarse hacia adentro y descubrir por vía de la expresión autobiográfica los resortes más íntimos, ha sido no obstante capaz de dejarnos indicios y señales que por inferencia nos permiten acceder a la casi siempre velada intimidad. Tarea de lector que ha de cumplir con uno de los designios que más estremecieron a Jovellanos: no quedarse solo. Jovellanos necesitaba el reconocimiento del *otro*, cuestión relevante en el territorio de la autoestima que también cruza el *Diario*. Día 28 de abril de 1799: "nadie cuenta conmigo para cosa alguna"; Octubre de 1799: "me han dejado los concurrentes a mi casa, algunos, del todo". 20 de enero de 1801: "Poco sueño; nubes; frío", solo, camino al aislamiento y al destierro y la prisión que vivió con ética resignación. Cierre del *Diario*.

Bibliografía

- Caballé, Anna (1995). *Narcisos de tinta*, Madrid, Megazul.
- Caso González, José (1970). "Introducción". José González (ed.), *Gaspar Melchor de Jovellanos. Obras I. Epistolario*, Barcelona, Labor: 7- 42.
- Del Río, Ángel (1953). "Estudio preliminar". Gaspar de Jovellanos, *Diarios. Memorias íntimas*. Edición a cargo de Julio Somoza. Tomo I, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos.
- Freixas, Laura (1996). "Auge del diario ¿íntimo? en España". *Revista de Occidente* 182-183: 5-14
- Jovellanos, Gaspar de (1946). *Obras escogidas*. Tomo III, Madrid, Espasa-Calpe.
- (1953-54). *Diarios. Memorias Íntimas*. Edición a cargo de Julio Somoza. Tomos I y II, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos.
- Lejeune, Philippe (1996). "Carta abierta sobre el diario íntimo". *Revista de Occidente* 182-183: 81-87.
- Ruperez, Ángel (2007). *Sentimiento y creación. Indagación sobre el origen de la literatura*, Madrid, Editorial Trotta.